

armas hendió el casco del que sostenía la bandera, y un mar de sangre hirviente y negra, bañó su rostro amoratado. Cayó la espada de su diestra, é iba á apoderarse el inglés del pendon, cuando la espada del bastardo le cortó la mano á cercen, y levantando su bandera, gritó:

—¿Hay algún bearnés en el campo que pueda reunirse á su jefe?

No hubo una voz que respondiese.

—Está cumplido el juramento, dijo Bernal, y á lento trote empezó á apartarse de los ingleses que no pensaron en detenerle. Largo trecho había recorrido, cuando vió flotar la bandera del vencedor príncipe de Gales, y tirando las riendas al corcel se dijo con acento sordo:

—¿Qué has hecho, Bernal, hasta ahora? Cumplir un sagrado juramento como el último de los nobles que ponían en tí su esperanza. Algo más te cumple hacer hoy, y la ocasión es oportuna.

Aguijó de nuevo á su caballo, y penetró entre los ingleses hasta llegar al caballero que tenía la bandera del príncipe, y sin darle lugar á resistirse, se la arrancó con firme diestra, y colocándola bajo la suya cruzó el campo á escape tendido, y subió la pequeña colina en la que se hallaba la judía. LA ROSA DE JERUSALEM no había separado sus ojos del intrépido Bernal de Bearne durante toda la batalla, y al ver la manera bizarra con que se despedía del combate, le preguntó con noble entusiasmo:

—¿Como te llamas, paladin, que has combatido heroicamente?

—Me llamo Bernal de Bearne.

El caballo de Bernal había agotado todas sus fuerzas en la pendiente de la colina y cayó exánime en su cumbre. El príncipe de Gales, acompañado de sus principales caballeros, perseguía de cerca al bastardo, que inmóvil y con frente altiva veía subir á sus enemigos; y teniendo su pendon en alto, hollaba con su firme planta la rica bandera del inglés.

La huérfana miraba desde lejos al héroe, y la judía se postró ante el bastardo, porque á sus ojos era un Dios.

CUARTA PARTE.

LA NOCHE DE MONTIEL.

CAPITULO I.

¡Ay! cuántas veces al arrullo blando
De las tranquilas ondas que al quebrarse
En las desnudas rocas,
Nevado encaje al parecer dejando,
Su pálido reflejo me atraía:
Y fugaces las horas desizaban,
Hasta que en pos de la citérea diosa
El alba en el oriente sonreía.

J. B. SANDOVAL.

El manso Betis se desliza como una gran sierra de plata: el murmurio de sus claras ondas se confunde con el murmurio de los olivos, de los

saucos y limoneros; y las flores de sus dos márgenes se retratan en el cristal, dando á las brisas sus aromas y sus matices á los prados. La luna derrama rayos de nácar desde su trono de topacios, y penetrando difícilmente los bosquecillos de laureles y las bóvedas de jazmines, ilumina la frente hermosa de una beldad que se sonríe ó la de un amante que suspira. Rielando sobre el terso lago, parece ondina placentera con manto de aljófar y encajes, y rielando también sobre lágrimas parece la triste diosa del dolor.

En la márgen izquierda del rio descuellan un campestre edificio, tan caprichoso y pintoresco como los jardines de Armida. Tiene la figura de una estrella formada por ocho torres góticas, esbeltas y filigranadas, que unidas por ocho galerías á una gigantesca rotonda, completan un conjunto fantástico, cuya elegante crestería es el sutil velo de blonda con que una coqueta se engalana. Risueños verjeles y un parque rodean esta mansion de placeres, y sobre pilas de alabastro vierten surtidores de bronce una menuda lluvia de perlas, formando las fuentes que saltan en rápidos y variados sesgos una techumbre de cristal. En la torre, cuyo pié se baña en las puras aguas del rio, hay un aposento amueblado con todo el lujo del oriente. Ricas alfombras de Baeza, á la sazón muy estimadas, cubrían su pavimento de mármol, y divanes de seda y oro ofrecen descanso y placer. Arden perfumes de la Arabia en cincelados braseros: crecen las rosas y camelias en brillantes vasos de pórfido, y sus entrelazadas ramas sirven de flotantes cortinas á los graciosos ajimeces. En esta mansion de las gracias ha fijado su planta Marte; pues sobre una mesa de jaspe se ven una riquísima armadura, una espada de fino acero, y dos banderas enrolladas.

Está asomado á un ajimez un jóven de veinte y seis años, alto y esbelto como las palmas en las llanuras de la Siria. Acaricia su diestra mano una barba negra como el ébano, y fija sus ojos de azabache en las corrientes que murmuran. Su pensamiento se retrata, como en un espejo, en sus ojos, y su frente arrugada ó tersa indica la acción de su alma. No admira el azul del firmamento que platea la luz de la luna y un millón de estrellas esmaltan. El verde oscuro de los olivos, el verde amarillo de los limoneros con manchas blancas de azahar, el suave aroma que se aspira, el blando murmullo que se oye, las campanas que repican lejos, las torres del soberbio alcázar que entre vapores se dibujan, las cánticas de los pastores, el sordo ladrido de los perros, el siniestro canto del buho y los suspiros de las auras, no hacen variar su pensamiento ni apartar un punto su vista del tardo curso de aquel rio.

Entra una mujer de puntillas, se llega al jóven en silencio, y subiéndose sobre un divan, asoma su linda cabeza y fija su ardiente mirada en el mismo paraje del rio en que la fija el caballero.

A pocos momentos apoya su mano en la espada del jóven, que no cambia de posición, y le pregunta:

—¿En que estás pensando?

—En el rio.

—¿Y qué ves en él?

—Su corriente, que camina libre entre praderas hasta llegar al océano.

—¿Qué te recuerda esa corriente?

—La libertad, Raquel, y la guerra.

—Las heridas que recibiste en los gloriosos campos de Nájera, no están cerradas todavía.

—Ninguna de ellas brota sangre.

—¿Los campos de Nájera, Bernal! ¿Qué grande apareciste en ellos! Tu espada hendía las armaduras, como el rayo al robusto roble; y cada golpe de tu acero hacia brotar fuentes de sangre, como la vara de Moises arroyos en los peñascos del desierto. Allí estaban Beltran Giesclin, el rey D. Enrique, el rey D. Pedro, el príncipe de Gales....

—¿Raquel!

—¿Odias mucho al príncipe?

—Mucho.

—¿Todos me parecían pequeños al lado del noble Bernal! Tú eras allí el Dios de la guerra; el Josué de los israelitas. Tan hermoso como Abalón,

—Raquel.

—¡Oh! sí, estabas muy hermoso, Bernal, y tus ojos, bajo la visera, lanzaban rayos como el sol. ¿No me viste caer á tus plantas en la cumbre de la colina....

—Has sido muy buena, Raquel. Los enemigos se acereaban, y yo no pensaba en huir: brotaban sangre mis heridas, y yo no pensaba en restañarla: tú me arrancaste el cautiverio... Cautivo, no; antes hubiera perecido cien veces que ser prisionero del príncipe.

La judía contemplaba al bastardo con el mismo entusiasmo ardiente que le había visto en la batalla. Por un movimiento maquinal había cogido una de sus manos, que estrechaba continuamente, sin que reparase en ello el bearnés. Bernal continuó:

—Tú me arrancaste á una muerte cierta, conduciéndome por sendas ocultas hasta una cabaña de pastores. Tú vendaste allí mis heridas y me has traído, débil y doliente, á este retiro misterioso, que el Betis baña con sus ondas y que perfuman limoneros.

—¿Eres aquí feliz, Bernal?

—Si pudiera serlo en el mundo, la felicidad de los ángeles gozaría en tan bello recinto.

—¿Pero pasarás aquí sin pena algunos meses?

—No, Raquel. Estará inquieto Gaston Febo, y llorará mi buena madre.

—¿Tienes madre, Bernal?

—Sí, ROSA DE JERUSALEM, sí: ella es mi amiga y mi consuelo: la que me conduce á la gloria; porque quiero, hermosa Raquel, que la madre de Bernal de Bearne pueda envanecerse de su hijo.

—Feliz tú; yo perdí la mía en el instante de nacer.

LA ROSA DE JERUSALEM enjugó dos lágrimas tristes, pues el recuerdo de una madre perdida

merece regarse con llanto. Despues prosiguió:

—¿Y si yo te rogase, Bernal, que te quedases algun tiempo al lado de tu buena amiga? ¿Si mi felicidad consistiese en mirar al héroe de Nájera? ¿Si te pidiese como pago (no de mis pequeños servicios, que nada valen ciertamente) de mi inquietud y mis dolores, que no te alejases tan pronto, qué harías?

Bernal miró con estrañeza á LA ROSA DE JERUSALEM, y no la replicó palabra. La judía prosiguió:

—Bernal, ¿no te merezco una respuesta?

—Tienes derecho, hermosa Raquel, á mandarme, y estoy obligado á obedecerte.

—No es un mandato el mio, Bernal, es una súplica muy humilde.

—Para el que está obligado, la súplica es el mandato mas solemne. Mi deber es marchar á Francia.

¿Y si te dijese, Bernal, que el corazón de la judía ama á un hombre con frenesí? ¿Si te suplican de rodillas, como lo estoy en este momento...

—Tú de rodillas á mis piés! Levántate, por Dios, levántate.

—No. Déjame permanecer arrodillada y escucha: ¿Si yo te dijese que te amo?... .

—¿Tú amarne?

—Sí, Bernal, yo.... te adoro!

El bastardo retrocedió. Raquel permaneció siempre de rodillas y con los brazos estendidos hácia el arrogante guerrero.

—Tú me amas! repitió Bernal.

—Te adoro! exclamó la judía.

El bearnés se acercó á Raquel, la levantó cariñosamente, y continuó la israelita:

—¿Te causa asombro mi cariño? Si conocieras su estension, te daría lástima una mujer tan amante como la tórtola y celosa como la tigre. ¿Has sido amado alguna vez?

El bastardo movió la cabeza, y continuó la judía:

—Si has sido amado cuando niño, mi amor tiene toda la pureza de la infancia: si has sido amado cuando jóven, tiene todo el fuego mi amor de las pasiones juveniles: si has de ser amado cuando viejo, también hallarás en mi amor veneracion religiosa que deben inspirar las canas. ¿Cómo me amarás tú, Bernal?

Bernal guardó triste silencio.

—¿No me amas, Bernal?

El bearnés cogió á la judía de la mano, y la condujo á la mesa de jaspe, en la que se hallaba la armadura.

—¿Quieres decirme, prosiguió Raquel despues de haberla contemplado, que un corazón acostumbrado á latir bajo el duro acero, no debe latir al contacto del corazón de una mujer?

—No, ROSA DE JERUSALEM, no.

—¿Quieres decirme que en los combates será mas débil el guerrero, si se presenta ante sus ojos la imágen de la que idolatra?

—No, ROSA DE JERUSALEM.

¿Quieres decirme que una mujer temblará a

recuerdo de los peligros en que va á encontrarse algún día el bien amado de su alma?

—No.

—¿Qué quieres decirme, Bernal?

El bastardo tomó la banda, que le habia enviado la princesa, y la presentó á la judía. Raquel la miró varias veces y leyó, temblando de celos, aquellas letras que decían un: ADIOS, ADIOS, HASTA EL CIELO.

Las negras pupilas de Raquel se inflamaron, como los ojos de una pantera por el castigo enfurecida: sus blancos y menudos dientes se chocaban y se doblaban sus rodillas. Se sucedía en su rostro airado á la palidez de la muerte el rojo carmin de la amapola, y sus dedos crispados tocaban aquella banda misteriosa, que hubiera querido hacer cenizas con los destellos de sus ojos. Bernal la contemplaba absorto: mas haciendo un esfuerzo sobre sí, la preguntó con embarazo:

—¿Qué tienes, hermosa judía?

Raquel dió una carcajada, tan feroz como el rugido de una tigre, y preguntó á su vez:

—¿Estas letras han sido bordadas por la mano de una mujer jóven y hermosa?

—Sí.

—¿Tú quieres salir de este palacio para ir en su busca?

—Ese mote es una triste despedida.

—La ROSA DE JERUSALEM, dijo un anciano abriendo la puerta de la estancia.

—¿Qué buscas aquí, viejo imbécil?

—Nuestro señor, el rey D. Pedro, llegó á Sevilla hará dos horas.

—¿Qué tengo que ver con el rey?

—Si te asomas á ese ajimez verás una ligera barca, que surca las tranquilas ondas.

—¿Qué me importa esa barca, Jacob?

—El rey D. Pedro viene en ella.

Raquel y Bernal se asomaron á un mismo tiempo al ajimez, y vieron á la luz de la luna un esquife, que se deslizaba por el rio. Bogaban seis robustos remeros, y estaba sentado en la popa un hombre envuelto en una capa negra. Tambien se distinguían en la proa dos ballesteros de la guardia, que se apoyaban en sus mazas para permanecer de pié en presencia del soberano.

La judía dejó el ajimez, y llegándose á Jacob, le dijo:

—Corre, Jacob, recibe al rey, y condúcele á la rotonda. Estaré en ella antes que llegue tu monarca.

Jacob salió sin replicar; la judía se llegó al bastardo, que aun estaba en el ajimez, y le dijo:

—El rey de Castilla es un esclavo de esta judía, de quien tú puedes ser el dueño. El rey de Castilla es un tigre, si yo le mando que lo sea, y es un cordero ante mis plantas. ¿Amas, Bernal, á la mujer que ha bordado esa fatal banda?

El bearnés fijó en la judía una compasiva mirada, y guardó profundo silencio.

—¿No te atreves á contestarme? continuó Raquel.

—¿Por qué me has hecho, esa pregunta?

—Porque si me dices que la amas, antes de dejarte partir te entregaré en manos del rey, y el rey será el tigre, Bernal.

—¿Es una amenaza, Raquel?

—Responde, Bernal, si la amas.

—Permíteme que no responda.

—¿Tienes miedo?

—Raquel, la amo, como aman á Dios los querubines.

—Pues pide á Dios que te proteja.

El bastardo cogió la banda y conduciéndola al ajimez (desde donde habian visto la barca, que al rey D. Pedro conducía), tendió su diestra mano hácia el cielo, y mostrando á la luz de la luna, las letras, dijo á Raquel solemnemente:

—Lee de nuevo esas doradas letras.

—Las sé de memoria, Bernal, y dicen ADIOS, ADIOS, HASTA EL CIELO.

—Aquel es el lugar de la cita. El acero de un buen soldado, y el hacha de un verdugo del rey acorta lo mismo la distancia. Anda, Raquel, que es tarde y puede enfurecerse el tigre.

—Raquel, dijo Jacob apareciendo, el monarca está en la rotonda.

—Adios, Bernal, dijo la judía.

—Adios, Raquel, dijo el bastardo.

LA ROSA DE JERUSALEM y Jacob salieron al punto de la torre, y los cerrojos de la puerta rechinaron al ser corridos.

—¡Pobre mujer! dijo Bernal; me ha considerado grande, heroico, y ahora quiere causarme miedo haciéndome esperar la muerte. Así son todas las mujeres: nos engrandecen á su antojo, y nos abaten por capricho. Nos quieren fuertes, para protegerlas: débiles, para resistirlas. Ni el rey de Castilla ni su dama me apartarán de mis recuerdos, y ahora me parecen mas bellos el rio que murmura y los prados que alfombran flores. Hermosa princesa de Gales, rompe los lazos que te sujetan, busca tu asiento entre los ángeles, que yo iré á buscarte entre ellos, y Dios nos dará un trono mas brillante mil veces que el del rey de la Gran Bretaña.

El bearnés se acostó en un divan, y pensando en su hermosa prima, se durmió con tranquilo sueño, para soñar despues con ella.

CAPITULO II.

Sobre seguridad de vencimiento,
Espera el rey á la infeliz hebreá:
Ilega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradicción teme y desea:
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos
Victoria apellidaron los sentidos.

DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA.

EL adorno de la rotonda se diferencia solamente del de la torre que hemos visto, en el color de los tapices, de las colgaduras y divanes: por lo demas las mismas flores, los mismos fragantes petalos, y el mismo orientalismo en todo. Sobre

una gran mesa de ágata arde un soberbio candelabro, y sus brillantes luces animan los bordados de los tapices. El rey D. Pedro de Castilla está reclinado en un diván, envuelto siempre en su ancha capa, y en extremo meditabundo. Separado, hacia algunos meses, de la hermosísima judía, ansía estrecharla entre sus brazos, y teme al mismo tiempo verla; porque aquella mujer singular ejerce un poderoso influjo sobre la imaginacion del monarca, á quien infunde juntamente amor, sobresalto y respeto.

A la entrada de la rotonda conversaban Fortun y Garcí-Díaz, que son los lebreles predilectos de la jauría del rey D. Pedro.

—No te quejarás ahora, Fortun, dijo el antiguo balletero, del vinillo de esta comarca, pues hace dos horas que llegamos, y tienes ya la mejor turea, que puede cautivar un hombre.

—No me falta de qué quejarme, le replicó con voz vinosa, pues el mayor placer de una turca no consiste, Garcí, en cogerla sino en dormirle en buena cama.

—Por San Jorge, replicó Garcí, que solía jurar á lo inglés desde que estuvo en Angulema: por San Jorge, que con el tiempo vas á pedir una litera para moverte de un lado á otro, un sillón de brazos para asiento, una mesa como la del príncipe, y una cama con seis colchones.

—¿Y qué menos debe pedir quien trabajó durante veinte y cinco años en las espesuras de las sierras, y lleva diez, largos de talla, de vestir tan duros arreos, y de recibir cuchilladas? Mal haya mil veces el zorro que abandona su madriguera para meterse á cortesano, el lobo que cambia sus uñas, y el jabalí...

—Pára, Fortun, que si no te corto el resnello, vas á traer aquí mas animales que metió en el arca Noé, el primer borracho del mundo, y por lo tanto tu patrono. Tú debes ser un buen balletero, gran bebedor; pero siempre firme trabajador, como un jumento, y maton, como yo, Fortun.

—¡Maldita sea la mejor guerra! En esa batalla de Nájera, tan célebre, según tú dices, todos recogisteis botín, y á mí me rompieron la piel por mas de veinte y cinco parajes: y si no me hago mortecino, el mocito que me sacudia, tenía trazas de no acabar. Pero lo que mas me admiró fué, que el tal buen mozo era un amigo, á quien yo hice grandes favores en un tiempo.

—No hay amistad en las batallas!

—Maldito oficio, Garcí-Díaz.

—Es que no lo entiendes aún.

—Pues renuncio á un oficio Garcí, que con diez años de aprendizaje no se aprende medianamente.

—Acuéstate en aquel rincón, y cuando hayas dormido un rato serás un hombre mas tratable.

Fortun no se hizo repetir el consejo, y á los dos minutos roncaba como los cañones de un órgano: Garcí pasea militarmente.

LA ROSA DE JERUSALEM entra en la perfumada rotonda; mas tan profundamente absorta, que no dirige sus lentos pasos en la direccion de D. Pe-

dro. El rey se estremece al mirarla, estraña aquella distraccion inoportuna, pero no se atreve á interrumpirla. Al llegar al centro de la estancia, parece que la judía despierta, da una vuelta con rapidez, y como sencilla mariposa, toma asiento en el mismo divan, que está ocupado por el rey D. Pedro. Raquel fija en él su mirada, con una mezcla indefinible de indiferencia y resentimiento.

—¿Qué tienes, Raquel? pregunta el rey, queriendo cogerla una mano que ella retiró en el instante.

—Tengo, replicó la judía... Pero yo no sé lo que tengo.

—Hemos estado ausentes meses, y ni te apresuras á recibirme, ni vienes á buscar mis brazos. Me has hecho esperar algun tiempo....

—Y tú me has hecho esperar mas.

—Entras aquí pálida y triste....

—E-toy enfurra.

—Y luego vienes como un pájaro....

—Soy caprichosa.

—Y te quedas como una estatua.

—Repito que soy caprichosa.

El monarca la mira con ceño; Raquel frunce un poco los labios, y tomando una mano del rey, le dice:

—Quieres guerra con la judía?

—Casi no sé que responderte.

—Si quieres guerra, rey D. Pedro, entra al instante en tu barquilla, y desde tu soberbio alcázar decláramela por tus heraldos: si quieres paz la trataremos en este aposento de mi casa, sin embajadores intermedios.

D. Pedro baja la cabeza, y no sabe que responder.

—Para que te decidas pronto, añado, que si me declaras la guerra puedes perder en ella mucho, y decidiéndote por la paz tienes la ganancia segura.

—Permíteme que te haga, Raquel, una pregunta nada mas. ¿Eres dama del rey D. Pedro?

—Contesto con otra pregunta: ¿Has dejado de ser mi amante?

—No, ROSA DE JERUSALEM.

—Yo soy tu dama, rey D. Pedro.

El monarca ciñe con sus brazos el esbelto talle de la jóven, y Raquel recibe las caricias sin devolvérselas al rey.

—Recibes mis ardientes besos con indiferencia, Raquel.

—Me tiene ocupada una idea, y no podré ser cariñosa hasta que la sepas, D. Pedro.

—¿Deseas algun nuevo palacio, algunas joyas ó vestidos?

—No, rey de Castilla. Quiero confesarte una falta, y si no me la perdonas antes, la sepultaré en el silencio.

—¿Qué falta has cometido, Raquel?

—Una falta.

—¿Has fijado tus ojos acaso en el semblante de algun hombre?

—Más, rey D. Pedro de Castilla.

—Raquel, por Dios ó por el diablo, dime esa falta en el momento.

—Si quieres saberla, perdónala.

—¿Que la perdone? no, judía. Tú eres muchas veces mi ángel, pero algunas eres mi demonio.

—Dime esa falta pronto, pronto.

D. Pedro oprime con violencia la blanda mano de Raquel, y ella le dice sonriendo:

—Si sigues apretando, rey, me acardenalarás la mano.

La sonrisa glacial de la judía hiela la sangre del monarca, que suelta la mano de repente, y baja sus ojos aterrados. Raquel prosigue:

—No queréis los hombres que las mujeres seamos francas, y os quejais de nuestra doblez. Vamos á confesar una falta, y en vez de animarnos con halagos, nos atemorizais con violencias. El ser débil, vacila, tiembla; y para contrarrestar la fuerza, tiene que acudir á la astucia. Has castigado mi franqueza: nada tengo que confesarte.

—Habla, Raquel, habla, por Dios.

—Ya es muy tarde, rey de Castilla.

—Yo te perdono esa gran falta.

—No necesito tu perdón, supuesto que no la confieso. Por lo demas no ha sido grande, y debia redundar en provecho del rey D. Pedro de Castilla.

—Por Dios, Raquel, que la confieses.

—Mejor es hablar de otra cosa. ¿Cómo has pasado el tiempo en Burgos?

—Mintiendo al príncipe de Gales y á sus mal-ditos caballeros. El uno quiere la Vizcaya; piden los otros sus haberes, y no abandonarán el reino si no les pago enteramente.

—A propósito podia haber servido mi falta, para recompensar al príncipe de una manera singular.

—Habla, Raquel.

—¿Ves, D. Pedro, las manchas moradas que has impreso en mi mano?

—Raquel, dime, dime un secreto...

—Aun siento en ella algun dolor.

—Perdóname, hermosa judía.

—¿Para qué he de decirlo, rey?

—Yo te suplico de rodillas, que pongas término á mi afán y aclares mis siniestras dudas.

LA ROSA DE JERUSALEM frunce sus sonrosados labios, y dice con impertinencia:

—Suplicármelo de rodillas es señal de arrepentimiento, y quiero mostrarme mas humana que lo has sido tú con Raquel. ¿Te acuerdas de Nájera, rey?

—Fué una magnífica jornada. ¿Qué tal me porté en el combate?

—No del todo mal, rey D. Pedro; mas hubo muchos caballeros que hicieron lo mismo que tú, y algunos que te aventajaron.

—¿Raquel!

—Soy tu dama, rey de Castilla; pero tu cortesana, no. En mí podrás hallar amores, la adulacion en otra parte. Mas hablemos de la batalla. ¿Recuerdas un jóven guerrero que vestia

una negra armadura con negras plumas en el yelmo?

—Pueden convenir esas señas á mas de un guerrero, Raquel.

—Daré otra que mas le distingue. Fué el primero que ensangrentó la espada y fué el último en envainarla.

—Muchos pretenden ese honor.

—Muy torpe estás, por Dios, D. Pedro; pero quiero darte otra seña. Al terminarse la batalla se apoderó con diestra audaz del estandarte del inglés.

—Ya le conozco, le conozco. Mi enemigo Bernal de Bearne.

—Mucho has tardado en conocerle.

—¿Qué sabes de Bernal, hermosa?

—Que podia ser tu prisionero.

—¿De qué modo?

—El príncipe de Gales te daria por él la Vizcaya.

—¿Pero en dónde está ese bastardo?

—En mi poder, rey de Castilla.

El rey mira á Raquel absorto; pero no comprende siquiera la posibilidad de que el bearnés esté en manos de la judía. La adquisicion de un prisionero tan distinguido y tan bizarro pondrian á D. Pedro en posicion de pedir un grueso rescate, ó como habia indicado Raquel, de entregarlo al príncipe, que daria la mitad de un reino por humillar al de Bearne. Conocia bastante D. Pedro la intrepidez de la judía, su corazon y su cabeza; pero no podia persuadirse que fuese verdad enteramente lo que acababa de decirle. Deja el divan con inquietud, y pasea mientras la judía se burla de su agitacion.

LA ROSA DE JERUSALEM podia sacarlo de ella al punto; pero con una malicia de serpiente queria hacer sufrir al monarca, y satisfacía al mismo tiempo su grande orgullo de mujer, considerándose superior al rey D. Pedro de Castilla.

Cruza el rey sus brazos sobre el pecho, y parándose enfrente de Raquel la interroga con su mirada: Raquel sonrie algunos instantes, y dice despues al monarca:

—¿Estás dudando, rey de Castilla, de cuanto acabo de decirte?

—No puedo menos de dudar.

—Pues no hay motivo para dudar.

—¿Bernal en tu poder?

—El mismo. Quien asiste á una gran batalla debe recoger algun despojo, y yo he preferido al bearnés.

—Raquel, yo no puedo creerte.

—¿Y cuando veas ante tus ojos á ese formidable bastardo, me darás crédito?

—Dudaré.

—¿Y cuando lo toques con tu mano y oigas el metal de su voz, me darás crédito?

—Entonces sí.

—Pues sígueme, rey de Castilla.

CAPÍTULO III.

Che ce riguardi la memorie antiche,
Vedrai, che quei che tui trionfi ornaro,
T'han posto el giogo e di catene avventa.

GIOVANNI GUIDICIONI.

Bernal duerme tranquilamente, pues la enfermedad de su alma es demasiado crónica ya para perturbarle su sueño, y el peligro que le amenaza no es bastante á debilitar su valor. Dormia Beltran Gúesclin la noche antes de la fatal batalla de Nájera con la tranquilidad de un niño, y la venganza de una mujer no causa insomnios al bastardo. El cobarde siempre halló motivos de temer, el valiente descansa en sus fuerzas, y encuentra en su feliz reposo la recompensa del valor.

Se abre la puerta de la torre; Raquel y el rey D. Pedro entran; Bernal permanece durmiendo. La judía conduce al monarca al divan que ocupa el bearnés, y le señala con el dedo aquellas facciones tranquilas, llenas de juventud y hermosas. El rey las mira atentamente, y encuentra en el héroe de Nájera alguna cosa extraordinaria que le conmueve y amedrenta.

—D. Pedro, dice la judía, ¿si te hubieran amenazado con entregarte á un enemigo dormiriais como ese guerrero?

—No, ROSA DE JERUSALEM.

—Bernal duerme despues de esa amenaza; juzga, D. Pedro de su alma.

La judía se acerca mas al rey, y continúa:

—Rey de Castilla, solo quedas con el bastardo, despiértale cuando te plazca; yo te escucharé desde allí.

Raquel se separa del rey, se acerca á la mesa de jaspe y toma la espada de Bernal: despues sale del aposento.

Solos D. Pedro y el bastardo, el uno continúa su sueño, y el otro no sabe que hacer. Ve el monarca en Bernal de Bearne un enemigo peligroso, y toca el mango de su daga para deshacerse de un golpe del mejor amigo de su hermano; tambien ve en el bastardo de Bearne al enemigo del de Gales, y cree, poniéndole en sus manos calmar el justo resentimiento del príncipe, y conseguir alguna rebaja en los sueldos de los capitanes ingleses. Codicioso el rey de Castilla, sacrificaba con frecuencia sus verdaderos intereses á su sed hidrópica de oro, y hubiera vendido su sangre al peso de ese vil metal.

En un momento de ciego enojo, saca la mitad de su daga, y pone su siniestra mano sobre el corazon de Bernal. Raquel percibe el movimiento, y con la agilidad de una ardilla corre y sujeta la mano del monarca, diciéndole:

—Rey de Castilla, ese jóven que ves dormido, me pertenece todavía, y no te concedo el derecho de vida y muerte sobre él. Quisiste verle, y te he traído; deseas hablarle y no te atreves; yo te pondré en la precision de que lo hagas, ya que Bernal te inspira miedo.

LA ROSA DE JERUSALEM se inclina sobre el rico divan en que descansa el caballero, y con sus

dedos de jazmin oprime la nariz del bastardo. Bernal se estremece un instante, abre sus ojos con dulzura, y desaparece Raquel.

La primera mirada de Bernal se fija sobre el rey D. Pedro, que inmóvil habia presenciado la resolucion de la judía. La vista de un hombre en su aposento á una hora tan intempestiva, le causa estrañeza en verdad, pero la manifiesta solamente con un movimiento de cejas. Se sienta despues sobre el divan y pregunta:

¿Queréis decirme, caballero, quién sois, y qué motivo os conduce aquí?

—¿No me conocéis, Bernal de Bearne?

—No por cierto.

—Pues es bien estraño, caballero. Mi nombre es bastante conocido, y habrá pocas gentes en Europa que no le pronuncien con terror.

—Podrá ser todo lo que decís, pero como no me habeis dicho vuestro nombre, ni sobre vuestra frente está escrito, no he podido reconocerlos.

—Me llamo D. Pedro el Cruel.

—Podeis tomar asiento, D. Pedro.

—La fria invitacion de Bernal sorprende al rey de tal manera, que guarda silencio y permanece de pié y con los brazos sobre el pecho. El bastardo le muestra un divan, y el rey se sienta con faz torva.

—¿Ya que habeis tenido la bondad de declararme vuestro nombre, añadió el bizarro bearnés, llevaréis la condescendencia hasta el punto de noticiarme á qué causa debo el honor de vuestra visita?

—Bien pudierais adivinarla. Sois mi prisionero...

—Decidme cuándo rendí mi espada ante D. Pedro de Castilla.

—La hubierais rendido ciertamente sin el favor de una judía que ahora os entrega entre mis manos.

—No la hubiera rendido, rey, porque no conozco ningun brazo capaz de sostener esta espada, que ha blandido Bernal de Bearne.

Bernal se dirige á la mesa para mostrar al rey su espada, y no hallándola en su lugar prosigue:

—Eres muy precavido, rey, y la precaucion no es de valientes.

—¿Dudais de mi valor?

—Sí dudo. Sobre esa mesa habia una espada de muy buen acero y muy rica, y antes de despertar al dueño ha desaparecido de ella.

—¿Bernal!

—¿D. Pedro!

—Esa sospecha...

—Está fundada en un hecho, rey. Mas nada importa para el caso; yo no soy vuestro prisionero, ni el prisionero de Raquel. Me salvó la vida esa judía, me ofreció la hospitalidad hasta que sanasen mis heridas: yo la debo eterna gratitud, y se la tendré como noble. Vos tendréis la bondad de decirme lo que esperais de mí, D. Pedro.

—Nada espero, Bernal de Bearne: sé que sois muy amigo del conde.

—Y lo seré mientras respire.

—Me sería fácil poner término á esa amistad tan acendrada.

—No lo dudo, rey de Castilla, es muy fácil hacer con Bernal lo que con el rey de Granada; y si os asomais á este ajimez, descubriréis hácia la derecha la llanura de la Tablada. A la luz de esa clara luna quizá perciba vuestra vista algunas manchas de roja sangre.

—Para ser extraño á mis reinos conoceis algunos pormenores que os harán concebir justa idea de la persona del monarca, y me miraréis como me miran los naturales del país.

—No sé de qué manera os miran, pero sí puedo aseguraros, que sois á mis ojos un hombre algo mas pequeño que otros.

—¿Habeis oido hablar por ventura de mis ballesteros?

—Sí, D. Pedro.

—¿Y qué sabéis de ellos?

—Que son soldados y á la par verdugos.

—No os han engañado, Bernal. Dos de mis mejores ballesteros, en quienes tengo confianza, no se hallan lejos de esta torre.

—Y aquí, D. Pedro de Castilla, hay un corazón que no teme. Poned la mano sobre él; contad sus latidos uno á uno, y veréis son tan iguales como el movimiento de un péndulo. No están aquí aquellos soldados que me acompañaron en Nájera; sus cadáveres insepultos habrán dado pasto á los cuervos; mas está el jefe que los mandaba y que sabe morir sin temblar.

—Hay una notable diferencia de morir con espada en mano, á tender el cuello sobre un tajo para que lo corte un verdugo.

—El resultado es uno mismo; pero si no ha de ser mi muerte á la tibia luz de la luna, dejadme dormir algunas horas, ya que me habeis interrumpido un sueño muy tranquilo y muy seductor.

—¿Y no sería mejor, Bernal, que invirtieseis el poco tiempo que puede quedaros de vida en arreglar vuestros negocios?

—Están arreglados, D. Pedro.

—¿No teneis un padre, Bernal?

—Bien conoceis á Gaston Febo.

—¿Y no querrias participarle tu próximo fin?

—No, D. Pedro. La voz de la fama es bastante, y ella sonará demasiado pronto para una nueva de dolor.

—¿No teneis madre?

—Sí, una madre á quien amo con toda el alma; una que llorará por el hijo de sus amores.

—¿No quieréis escribirla?

—No, rey; mandad que me quiten la vida en el silencio de la noche, y que todos guarden el secreto para que mi madre no lo sepa.

—¿No teneis una amante?

—No.

—¿No teneis una amante, Bernal?

—No, rey D. Pedro, no la tengo. Os parece imposible que un hombre viva sin mantener queridas; pero el que cifra toda su gloria en el ejercicio de las armas, no necesita otros amores.

—¿Nada embellece vuestra existencia?

—Nada.

—¿Nada os hace temer la muerte?

—Nada.

—Bernal de Bearne, yo os doy mi palabra de rey de que no tendréis que ver nada con los verdugos de D. Pedro: vuestra cabeza está segura.

—No tengo que daros las gracias. Entregándome á vuestros verdugos, hubierais cometido, D. Pedro, un asesinato muy infame; dejándome libre solo haceis lo que cualquier hombre de honor.

—Libre, es demasiado, Bernal; permaneceréis mi prisionero.

—Con menos voluntad sufriré vuestras cadenas que la muerte; pero con el mismo valor.

—¿Odiais al príncipe de Gales?

El bastardo se mordió los labios, y guardó profundo silencio.

—¿Odiais al príncipe de Gales?

—Como á todo inglés, rey D. Pedro.

—¿Y seriais con esa indiferencia, de la que haceis continuo alarde, prisionero del noble príncipe?

—¿Yo prisionero del inglés? ¡Jamás! Mirad, D. Pedro, esta bandera: un noble inglés la sostenia, y mil nobles y mil la guardaban. Yo solo, sin un escudero, sin un amigo ni un soldado, penetré por sus escuadrones, y llevé arrastrando el estandarte del heredero de Inglaterra. El que ha puesto su planta audaz sobre los activos leopardos, el que se ha bañado en la sangre de los ingleses mas ilustres, no puede ser el prisionero de los isleños orgullosos.

—D. Pedro Primero de Castilla tiene contraidas obligaciones con el príncipe, y quiere pagárselas, Bernal. Teniendo que hacerle un presente, considero de mayor mérito vuestra persona, que una cantidad de oro y plata: y como el príncipe conoce lo mucho que valeis, presumo que os recibirá muy contento.

—Es imposible que cometais una accion tan baja y poco noble.

—Quiero hablaros en confianza. Yo ofrecí al príncipe la Vizcaya, y no estoy en ánimo de cedérsela: yo debo gran cantidad de oro al príncipe y á sus caballeros, y no estoy en ánimo de pagárselos. ¿Si poniéndoos en su poder logro que renuncié á Vizcaya y pague por mí algunas doblas, no habré terminado un buen negocio?

—Habréis sido, rey de Castilla, un infame mercader judío, que no estima en nada su honra, y solo tiende á su interés.

—Los judíos saben hacerse poderosos, y no me desagrada su ciencia. Un consuelo podeis tener, y es que os venderé bastante caro.

—No quiero dar crédito, rey, á unas palabras ofensivas para vos que las pronunciáis. Los empeños que habeis contraido con el príncipe y sus capitanes habrán mermado, rey D. Pedro, vuestro codiciado tesoro. La fortuna me ha conducido á una situacion complicada, y vos aprovechándoos de ella, y faltando á la ley sagrada de una hospitalidad inviolable, me declarais vuestro prisionero, como si me hubierais vencido en el

dia terrible de Nájera. Yo no se mentir, rey D. Pedro; condeno con ruda franqueza una conducta que jamás hubiera observado el bearnés: pero al mismo tiempo os ofrezco un rescate por mi persona, capaz de saciar la codicia del mas avaro é insaciable.

—¿Qué cantidad señalarias por vuestro rescate, Bernal?

—La que vos designeis, D. Pedro.

—¿Y si no bastan los tesoros de Gaston Febo, vuestro padre?

—Bastarán los del rey de Francia y de mis valientes amigos. Todos los soldados bearneses venderán sus armas y caballos para rescatarme, D. Pedro, porque tienen la confianza, que nuevas armas y caballos conquistarán bajo mi enseña.

—Confieso que tan gran rescate es muy tentador, jóven guerrero; pero me parece mas oportuno que me lo adelante el noble príncipe, y que él aproveche la ganancia.

—Si teneis corazón, D. Pedro; si es del rey Alfonso la sangre que por vuestras venas circula; si estimais en algo el honor de ser nieto de San Fernando, conquistador de esa ciudad que cruza el manso Guadalquivir, y cuyas torres plateadas miramos desde este ajimez, retenedme vuestro prisionero; pero no me entregéis al príncipe.

—¿Es una súplica, Bernal?

—Sí; es una súplica que os hago, y que os agradeceré en el alma. Pedir la vida es cobardía, y yo no soy cobarde, rey; pero temer la esclavitud, es muy propio de un alma grande.

—Me convencen vuestras razones, y si me dais una palabra, no os entregaré al príncipe de Gales, y aun quedaréis en libertad.

—Hablad, D. Pedro de Castilla.

—Es un pequeño sacrificio que considerándolo bien, os tiene mucha cuenta, Bernal.

—Hablad; y si ese sacrificio no imprime alguna mancha en mi honor, me encontraréis pronto á cumplirlo.

—En la gran batalla de Nájera, mandabais quinientos guerreros en favor de mi hermano Enrique.

—Todos murieron peleando.

—¿Me jurais no llevar las armas en ninguna ocasion, ni por ningun grave motivo en favor del conde, mi hermano, y si traerlas en mi servicio?

—No.

—Si haceis el juramento que os he dicho, en el instante quedais libre; si no, sois prisionero de vuestro mortal enemigo, del noble príncipe de Gales. ¿Qué respondeis?

—Que soy prisionero del heredero de Inglaterra.

—Meditadlo algunos instantes.

—Estoy resuelto.

—Bernal de Bearne, habeis desechado un acmodo muy fácil y muy conveniente.

—Lo desecho, rey de Castilla. Habeis querido entreteneros inspirándome serios temores, de-

jándome ver esperanzas. Ni me han reanimado las unas, ni debilitado los otros; pero una conducta tan villana no quedará sin recompeusa. Hasta hoy habia servido á D. Enrique por amistad á su persona: de hoy en adelante le serviré por odio contra el rey D. Pedro. Si en alguna ocasion solemne recibís de mí grave daño, acordaos de esta hermosa torre, y tendréis presente el motivo.

—Con mover los labios, Bernal, pudiera reducir á humo esas quiméricas amenazas.

—Si me asesinais, rey D. Pedro, no os pagará el príncipe de Gales su rescate cuantioso, que codiciáis con tanto empeño.

—Teneis razon, noble bearnés: la muerte acaba los dolores: la esclavitud los eterniza: seréis prisionero del príncipe. Además segun malas lenguas, estais perdidamente enamorado de una princesa muy ilustre.

—Callad, D. Pedro.

—No temais, Bernal, que pronuncie su nombre; pero no será lisonjero, para un amante como vos, que os presente ante sus ojos entre el tropel de los vencidos.

—Estais apurando, D. Pedro, toda la hiel de la ironía contra un hombre que no ha recibido una ofensa sin castigarla.

—Queréis atemorizarme, Bernal?

—Lo que deseo, rey de Castilla, es que me dejes solo en mi estancia.

—Estoy dispuesto á daros gusto. Dos ballesteros de mi guardia pasarán las noches y los dias en la puerta exterior de la torre; y si pretendéis escaparos, harán su deber.

—No lo dudo.

—Por lo demas, si queréis algo....

—Os doy anticipadas gracias.

—Y como nuestra situacion no impide que nos profesemos amistad, os doy mi mano.

—Yo la acepto.

El bastardo coge entre la suya la nervuda mano del rey, y la estrecha con tal violencia, que se muerde D. Pedro los labios para no exhalar un quejido.

—Me estrechais la mano, Bernal, con un carño, que me pasma.

—Pues tan solo es una leve muestra, rey de Castilla, del extraordinario que os tengo.

—Adios, Bernal.

—Adios, D. Pedro.

CAPITULO IV.

Huye ya, y mira que siento
Por ti colores sobrados,
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.

GIL POLO.

SALIÓ D. Pedro de la estancia, y el bastardo quedó entregado á tristísimas reflexiones. ¿De qué le habia servido la gloria conquistada con tan-

to afan en los sangrientos campos de Nájera? De enardecer por un momento el alma audaz de la judía, para que lo mirase como á un Dios, y lo entregase despues inerme en las manos de su enemigo. Miraba con dolor Bernal aquella bandera ganada con un arrojo sobrehumano, y suspiraba amargamente, pensando que dentro de poco iria á poder de su antiguo dueño, no reconquistada en el combate sino vendida por vil oro, siendo el mercader un monarca en Leon y en Castilla imperante. Incapaz el noble bearnés de una conducta poco lidalga, creia sueño lo que habia dicho el rey D. Pedro de Castilla, y hasta le parecia imposible que le hubiese vendido Raquel, como si hallasen medio las mujeres entre el cariño y la venganza.

Siguiendo Bernal las consecuencias de la situacion en que se hallaba, veia con reconcentrado furor al príncipe de Gales gozando en su humillacion aparente. Con el torcedor de esta idea se mesaba barba y cabellos, y hacia que brotasen sus labios gotas de sangre por doquier. Tambien se figuraba su entrada en Angulema ó en Burdeos: y mientras marchaba confundido con los prisioneros de guerra, descubria en el regio balcon á la hermosa princesa de Gales, que procuraba enjugar sus lágrimas; pero que algunas de ellas caian sobre la frente del bastardo.

Con recuerdos tan dolorosos el alma de Bernal ardia, y sus ojos centellantes buscaban la espada de sus triunfos para traspasarse el corazon. Girando por el aposento, se acercó al gracioso ajimez y vió de nuevo al manso río serpear entre los limoneros con melancólico murmurio. Desde que habitaba Bernal las márgenes del claro Bétis habia encontrado un gran consuelo en contemplar sus limpias ondas, y lo miraba ciertamente como á un amigo cariñoso. En esta noche de amargura veia en sus aguas el triste llanto que por él deramaba el río; y como menguan los dolores, cuando se comunican y comparten, menguó tambien el del bearnés al aspecto de una hermosa luna y de un raudal puro y sonoro.

Largo tiempo llevaba el bastardo de estar mirando la corriente, cuando percibió un leve ruido y vió despues una barquilla. En su preocupacion de ánimo la creyó quizás un socorro que le enviaba la Providencia; pero se desengañó muy en breve viendo al rey D. Pedro en la popa, envuelto con su negra capa.

La vista del rey de Castilla exasperó al joven Bernal, y apartándose del ajimez, vió á la judía que penetraba en su aposento, trayendo en su mano la espada que habia echado menos poco antes. El continente de Raquel era mesurado y tranquilo, pero descubrian sus miradas inquietud y remordimientos. Cruzó la estancia con paso firme, colocó la espada sobre la mesa, y vino á sentarse en un divan, haciendo una seña al bastardo para que verificase lo mismo. Bernal la miró con orgullo, cruzó sus brazos sobre el pecho, y apoyando su hermosa cabeza contra una columna de mármol, lanzó á la judía una sonrisa tan despreciati-

va y amarga, que la pequeña frente de Raquel se cubrió de un sudor tan frio como el que humedece á un cadáver. LA ROSA DE JERUSALEM habia herido al joven Bernal en lo mas sensible de su alma, y resentido su amor propio, no conservaba á la judía ni gratitud por el afecto que le habia manifestado antes, ni consideraciones por dama. Raquel, á pesar de su gran fiereza, estaba humillada y vencida, y no osaba levantar sus ojos hasta el semblante del guerrero.

A pesar de su humillacion, estaba tan acostumbrada la judía á encontrar recursos en apuradas situaciones, que logró despejar su frente, y mirando al joven bearnés con impertinencia y cariño le preguntó:

—Valiente Bernal, estás enojado conmigo?

—No, Raquel, replicó el guerrero con una sonrisa glacial. No es enojo lo que me inspiras, es un desprecio extraordinario.

LA ROSA DE JERUSALEM se levantó del rico divan, como si la hubiera herido un áspid; mas sentándose de repente, prosiguió con cierta humildad:

—Mi conducta para contigo ha sido bastante imprudente...

—Bastante infame.

—Sí, Bernal; pero tú conoces los motivos que me han arrastrado á mi pesar, y debes disculparme.

—Raquel, nunca un hombre tiene motivos para no portarse con honor: quizá vosotras, las mujeres, gozaréis de algun privilegio, ó estaréis tan envilecidas, que nada os suponga esa palabra, y entonces en vuestra misma infamia encontraréis una disculpa.

—¿Sabes lo que son celos?

—Sí.

—Y al ciego impulso de los celos no cometerias alguna accion, que mas tranquilo reprobases?

—No: nunca. Si la presencia ó la memoria de un rival odioso hace arder la sangre en mis entrañas, procuro hallarle en el combate, y arrancarle en él su corazon; pero si viese á este enemigo desarmado, antes de combatir con él me quitaria yo la armadura: y si hospitalidad me pidiese, estaria tan seguro bajo mi techo, como en el firmamento el sol.

—Un hombre celoso, Bernal, puede retar á su enemigo y apagar con sangre caliente la rabiosa sed que le mata; pero una mujer nada puede.

La judía se engujó una lágrima, y el bastardo guardó silencio. Una leve ráfaga de viento desenrolló un poco la bandera que habia conquistado el bearnés, y á su vista sintió Bernal inflamarse toda su sangre, del mismo modo que se inflama al contacto de una débil luz una grande copa de ron. Dió algunos pasos hácia Raquel, y cogiéndola por la mano la condujo á la mesa de jaspe, que hemos tenido lugar de ver, y mostrándola la bandera,

—ROSA DE JERUSALEM, la dijo: ves esa enseña del noble príncipe que ha de sentarse muy en breve sobre el trono de la Inglaterra? pues esa ban-

dera fué ganada haciendo prodigios de valor, que te deslumbraron, judía: yo hubiera muerto tremolándola sobre las colinas de Nájera, y se hubieran mezclado mis cenizas con las de cien y cien valientes, que allí perecieron batallando bajo mi pendon, que aquí ves. El nombre de Bernal de Bearne hubiera cruzado los vientos como el relámpago de las nubes, y mas allá del Bidasoa hubiera sido repetido por los labios de un serafin. Yo hubiera muerto entre los buenos; pero viviria mi memoria en el alma de una mujer. Tu falsa piedad me sacó del campo lleno de cadáveres: vendaste mis hondas heridas, con las lágrimas en los ojos, y con la perfidia en el alma: me alimentaste para venderme, para ponerme entre las manos del hombre que mas aborrezco, para que el príncipe de Gales entone cánticos de triunfo al rouer són de mis cadenas. Si no fueras una mujer te despedazaria con mis manos.

—Mátame, Bernal, ó perdóname.

—No puedo matarte, Raquel; pero no esperes mi perdon.

—Eres inflexible.

—Lo soy. Si el ángel de la muerte batiere sus negras alas sobre mí, y me dijese: *perdona á Raquel para que el Señor te perdone*, le responderia: *hiere, ángel, y aunque el Señor no me perdone, yo no la perdono, no, no.*

—¿Eres un tigre?

—Soy un hombre á quien has hecho mucho mal.

A estas palabras del bastardo siguió un instante de silencio. La fisonomía de Bernal conservaba una espresion siniestra, en tanto que la de la judía se variaba á cada momento, dejando ver las impresiones que ponian en tortura su alma. Ya se desprendia de sus ojos una lágrima triste ó amarga, hija del dolor ó el despecho, ya sus labios se comprimian con una sonrisa satánica, que hacia nacer la humillacion á que se encontraba reducida, y ya sus miradas descubrian la llama voraz del amor que atesoraba en sus entrañas. Se sentó el bearnés sobre un divan, cruzó una pierna sobre otra, apoyó el codo en la rodilla, y la frente sobre la mano, quedando en profunda meditacion, y sin acordarse quizá de LA ROSA DE JERUSALEM que fijamente le miraba. Raquel contempló largo rato el rostro pálido del joven, leyó el pensamiento del bastardo, y se horrorizó de la lucha que aquel corazon tan altivo, por causa de Raquel, sufría. Nuevas lágrimas asomaron á las pupilas de la hermosa: apartó sus negros cabellos, que flotaban sobre sus mejillas, y dando á su fisonomía un aire de felicidad, de dulce candor y de inocencia, fué á sentarse al lado del bearnés, á quien estrechó tiernamente la robusta mano entre las suyas.

Bernal sintió aquella presion, volvió la cara de repente, y encontrándose con la judía, en quien á la sazón no pensaba, separó su mano en el momento y la rechazó con dureza. LA ROSA DE JERUSALEM no se manifestó ofendida, y con voz dulce y cariñosa dijo al bearnés:

—Noble Bernal, ¿por qué me rechazas de este modo?

—Porque me ofenden tus caricias.

—¿Qué encuentras en ellas?

—Encuentro la infame traicion y la falsía. Son tus caricias para mí el beso que dió el mal discípulo al Redentor de los gentiles.

—¿Qué mas ves en ellas, Bernal?

—Veo el remedo de las que has hecho al rey D. Pedro de Castilla, y á otros cien amantes quizá.

—¿Bernal!

—¿Querrás negarme, por ventura, tus liviandades con el rey, pues no puedo llamarlas amores?

—No quiero negarte, Bernal, que he sido la dama del rey: son muy públicos mis amores....

Bernal sonrió con desprecio.

—Mis amores repito, Bernal; pues no he sido una cortesana que se vende, he sido una amante que se entrega. Solo el rey D. Pedro ha gozado los encantos de la judía, no porque llevaba una corona, ni porque tenia montes de oro; le amé porque me pareció noble y grande; quizá me cegó mi cariño.

—¿Y despues del rey á quien has amado?

—A tí, Bernal. El rey D. Pedro fué desgarrando poco á poco la venda que me habia cegado, y le ví cual es por desgracia. Tú apareciste rodeado de cien brillantes aureolas, y mariposa fascinada corrí á consumirme en tu luz.

—Hasta que brillase otro astro capaz de oscurecer la mia, como oscurecí la del rey, ó se presentase una ocasion de sacrificarme á D. Pedro, como una víctima expiatoria, ó como inocente holocausto.

—No está consumado el sacrificio, y aun estás libre todavía.

Bernal miró con estrañeza á LA ROSA DE JERUSALEM y no la replicó palabra.

—En mi palacio, prosiguió la judía, hay algunos corceles briosos, que te alejarán de Sevilla antes que despunte la aurora.

Bernal permaneció en silencio.

—He cometido una imprudencia, continuó Raquel, en denunciarte al rey D. Pedro. Para ponerte en libertad tendré que renunciar al monarca; pero nada importa perderle. Si me empeñas una palabra, antes que aparezca el lucero estarás fuera de esta torre.

El bastardo se sonrió con su acostumbrado desden.

—¿No quieres saber la palabra que te exijo? añadió la judía

El bearnés se encogió de hombros.

—Habla, Bernal.

—Estoy cansado. Llevo, Raquel, en esta noche tres enfadosas conferencias, y he tenido que sufrir en ellas la infame ironía de D. Pedro y la impertinencia de una mujer.

Las pupilas de Raquel brillaron, y una lágrima se perdió entre sus pestañas y párpados; mas animándose de repente, dijo al bearnés: